

## 5. LA CONSAGRACIÓN A LA INMACULADA: UN CAMINO HACIA LA SANTIDAD, SIGUIENDO LOS PASOS DE MARÍA, LA VIRGEN OFERENTE Y LA VIRGEN MADRE

**María es la Virgen-Madre.** Éste es el rasgo de la Virgen que destaca a primera vista. Ella es, ante todo, la Madre de Dios. En la Anunciación, María asintió con fe y puso su cuerpo a la disposición de la Encarnación del Hijo de Dios.

Recordamos, al respecto, un pasaje bien conocido del Evangelio según San Lucas (11, 27-28), en el que hay una mujer del pueblo que, en admiración ante la naturaleza extraordinaria del mensaje que Jesús anunciaba, alzó la voz de entre la gente, y exclamó, “*¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!*” No obstante, Jesús le contestó, “*Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan.*” María es la Madre de Jesús, como escribió San Agustín, no solamente por llevar el Señor en su vientre, sino especialmente por haberlo recibido en la fe. Ella vivió un amor muy tierno para el Hijo y sus hermanos (cf. EK 991).

María se encaminó de prisa para ir con su prima, Isabel, para prestar un exquisito servicio evangélico (cf. Lc 1, 39-46). Fue una madre atenta en Caná: sus cuidados aumentaron la celebración e hicieron crecer la Fe en Jesús que tenían los discípulos (cf. Jn 2, 1-12). Esta maternidad alcanzó dimensiones universales bajo la Cruz donde se hizo Madre de todos los hombres de la tierra.

Hay dos dimensiones de la maternidad de María para con Cristo: la dimensión física a la que no podemos hacer caso omiso, porque nos da la verdad acerca de la Encarnación, y la dimensión espiritual que indica una relación con Jesús que va más allá de la unión física. También nosotros podemos vivir esta segunda dimensión. Como dice Jesús, ¡también nosotros somos hermanos, hermanas y madres del Señor si escuchamos Su Palabra y la ponemos en práctica!

Esta maternidad de María que llamamos “espiritual” para con Jesús ha sido aumentada para extenderse al tamaño del mundo entero, envolviéndonos a cada uno de nosotros, como queda claro en el Evangelio de San Juan, donde Jesús le ofreció Su Madre al discípulo. Allí, María se convirtió en la que genera hijos en la Fe, no en el sentido físico, por supuesto, sino en el sentido de cuidar a los hermanos de su Hijo en la Fe, para mostrar a todas las personas al Hijo como único punto de referencia.

*“Hagan lo que Él les diga”* (Jn 2, 5). María ejerce su maternidad hacia nosotros, asegurándose que Cristo nazca, crezca y se fortalezca dentro de nosotros, como declaró San Maximiliano:

*“En el vientre de María el alma debe renacer según la forma de Jesucristo. Ella debe alimentar el alma con la leche de su gracia, formarla delicadamente y educarla, así como alimentó, formó y educó a Jesús. En su regazo el alma debe aprender a conocer y amar a Jesús. Del corazón de María debe tomar el amor a Él, más aún, amarlo con su corazón hasta llegar a ser semejante a Él a través del amor”* (EK 1295).

En otro texto, Maximiliano escribió:

*“Sólo en el juicio divino y en el paraíso conoceremos el interés que nuestra tierna Madre ha tenido por cada uno de nosotros, desde nuestro nacimiento; el interés que ha tenido por cada alma, hija suya, para plasmarla según el modelo de Jesús, su Hijo Primogénito, prototipo de Santidad, Hombre-Dios”* (EK 1313).

La “forma”, el “molde” en la que todo cristiano debe de configurarse es Jesucristo. La conformidad con Cristo, el tener los mismos sentimientos que Él, esto es lo que es precioso para María, como Madre de Jesús.

Esto también es cierto de la maternidad de la Iglesia: anunciar a Jesucristo y hacerle crecer en el corazón de cada persona para que su vida sea feliz, encuentre su rumbo, su profundidad, su esperanza y su verdad. En verdad, es como dijo el Papa Benedicto XVI en la homilía de la Santa Misa del solemne inicio de su pontificado, *“[Cristo] no quita nada, y lo da todo”* (24 abril, 2005). Como ya lo había proclamado el Concilio Vaticano Segundo: *“En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. [...Sólo Cristo...] manifiesta plenamente el hombre al propio hombre...”* (GS 22). ¡Ésta es la maternidad de la Milicia de la Inmaculada, según el deseo de San Maximiliano, que proclama a Jesucristo!

*“He aquí la Milicia de la Inmaculada, hacer que entre en todos los corazones, que nazca en todos los corazones; que Ella pueda, entrando en estos corazones y, habiendo tomado posesión lo más perfectamente posible de ellos, dar a luz allí al dulce Jesús, Dios, y hacerlo crecer hasta la edad perfecta. ¡Qué hermosa misión! ... ¿Verdad? La divinización del hombre hasta el Hombre-Dios, a través de la Madre del Hombre-Dios”* (EK 508).

Anunciar a Jesucristo es una hermosa misión, porque cada persona encuentra en Él la felicidad y significado pleno de su vida. Podemos compartir la maternidad espiritual de María, no solamente al escuchar la Palabra de Dios, sino también al convertirnos en co-trabajadores en su misión maternal. De hecho, Maximiliano escribe que María no quiere llevar a cabo su misión sola, sino que desea que nosotros nos involucremos también. La maternidad significa cuidado, amor y atención para con los demás. Maximiliano es un testigo efectivo de la misma. La proclamación del Evangelio es el mayor acto de amor; es la primera caridad. El mensaje del Evangelio transforma a los de corazón orgulloso y da a los humildes la conciencia de su dignidad, como dijo desde antes la Virgen de Nazaret en su Magníficat. La proclamación del Evangelio es también la primera forma de caridad para cada miembro de la Milicia de la Inmaculada.

Maximiliano Kolbe, enfrentando la realidad de su tiempo (y, en particular el ateísmo) dijo:

*“Estas pobrecitas personas, pues, tienen necesidad de luz, de mucha luz sobrenatural, de muchas energías sobrenaturales; son unos infelices, unos descontentos, ya que consideran como fin último lo que es sólo un medio y por ello, después de haber alcanzado la felicidad a que aspiran, no encuentran lo que buscaban. Y siguen buscando con la decepción de su corazón, con la amargura en el alma. ¿Y cómo no darles la mano? ¿Cómo no ayudarlos a apaciguar su corazón, a alzar su mente por encima de lo pasajero, hacia el único fin último, Dios? El amor al prójimo empuja a aquellas almas que ya encontraron su propio ideal de vida a no olvidar a los hermanos que los rodean. Una de las muchas asociaciones que ponen en práctica este amor al prójimo es también la Milicia de la Inmaculada” (EK 1237).*

Maximiliano es también testigo de ese amor que está listo para el martirio. Maximiliano es el “hombre para el hombre”, que vivió con la convicción que “*el amor une, da paz y edifica*” (cf. EK 1205). Esta es la lección que él aprendió en su experiencia diaria profunda e íntima de comunión con Cristo por medio de su consagración a la Inmaculada.

Estar en la escuela de María condujo a Maximiliano, y puede conducir a cada uno de nosotros, a ser “para los otros” en la vida cotidiana, en la familia, en el trabajo, en nuestras relaciones sociales. La forma mariana de vivir tiene al amor en su centro, su corazón, su dimensión fundamental.

**María es la Virgen oferente.** María, de acuerdo a *Marialis cultus*, es el ejemplo de aquella adoración que consiste en **hacer de nuestra propia vida una ofrenda agradable** a Dios.

Para Ella, el “regocijo” de la Anunciación pronto se convirtió en una “*espada que le atraviesa el alma*” puesto que aquel Niño sería signo de contradicción (Lc 2, 35). Hace alusión a la Pasión del Hijo que sería también su pasión. María compartió de momento en momento la experiencia de su Hijo, y transformó su *fiat* en un diario *stabat*, adhiriéndose fielmente a la misión que el Padre le confió.

San Maximiliano llamó esta etapa de la vida “sufrir por amor”.

Jesús no se bajó de la Cruz, María no se alejó de la Cruz. ¡Así nos amó Jesús!

Jesús confió Su causa al Padre y, como dice la Carta a los hebreos, el Padre escuchó al Hijo que Le hablaba con “*ruegos y súplicas, con poderoso clamor y lágrimas*” (cf. Hebreos 5, 7). Sí, “*Jesús fue escuchado por su actitud reverente*”, como hace constar el libro de hebreos nuevamente. La Resurrección es la respuesta a la entrega llena de confianza del Hijo en las manos de Dios.

María estaba allí porque ella encomendó su vida con plena confianza al Padre. María sabía que Dios no falla en Sus promesas. Lo había cantado en el Magnificat. Sufrir es el resultado y la consecuencia del amor. San Francisco lloró porque el “Amor no es amado”.

Esto es también cierto para nosotros. San Maximiliano escribió que en la vida humana hay tres etapas: preparación para el trabajo, el trabajo, y sufrir por amor. En esto su vida se manifiesta como en un mural. Su ofrecimiento de vida a través de las manos de María a Cristo fue la razón por la cual San Maximiliano vivió y murió por amor. En Auschwitz, su serenidad era contagiosa porque tenía una certeza en su corazón.

He aquí la última nota que le escribió a su mamá antes de morir:

*“Mi amada mamá: A fines de mayo llegué en un convoy ferroviario al campo de concentración de Auschwitz. Aquí todo bien. Amada mamá, estate tranquila por mí y por mi salud, porque el buen Dios está en todas partes y con gran amor piensa en todos y en todo”* (EK 961).

Esta es la certeza de San Maximiliano: *“Dios está en todas partes y con gran amor piensa en todos y en todo”*. Esta es la respuesta al sufrimiento. Por ello, el sufrimiento ya no es piedra de tropiezo, porque Dios está allí y *“[i]...nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios!”* (2 Cor 1, 3-4).

Podemos vivir nuestra misión cuando somos activos y disfrutamos de momentos de serenidad, pero también en momentos de dificultad, si vivimos en unión con Cristo el Redentor por medio de nuestro ofrecimiento total a la Inmaculada. Esto se convierte en un medio de salvación para nosotros y para todos.

La vida humana siempre involucra el sufrimiento, lo cual, vivido con María al pie de la Cruz, puede convertirse en un “sufrimiento Pascual”.

La Fe, además de la consagración a la Inmaculada, no nos protege de los peligros de la vida, pero sí nos da la oportunidad de ofrecerle todo a Dios por María, verdaderamente todo: el gozo, el dolor, eventos felices y momentos de sufrimiento, llevándonos a acoger la consolación de Dios para volvernos, a su vez, los que consolamos a los demás. ¿De qué otra manera podríamos llamar la experiencia de San Maximiliano en el búnker de la inanición si no fuera una experiencia de consolación que le permitió consolar y conducir a sus compañeros hacia Dios?

Las cuatro actitudes fundamentales de María:

- Virgen oyente,
- Virgen orante,
- Virgen-Madre,
- Virgen oferente,

nos enseñan cómo vivir nuestra consagración a ella.

A veces nos preguntamos cómo vivir nuestra consagración a la Inmaculada. Aquí tenemos la respuesta. Consiste en dar nueva vida en nosotros aquellas mismas actitudes para que el mensaje del Evangelio pueda reflejarse a través de nuestra vida.

**Preguntas para la reflexión y el diálogo:**

- ¿Tiene algo que decirte San Maximiliano a través de su ideal: la consagración total a la Inmaculada y la pasión por la misión de conquistar a Cristo por la Inmaculada?
- ¿Abrazarías su ideal en tu vida?

### **Compromiso para mi vida:**

Estar cerca de las personas que sufren, dándoles el don de nuestra presencia, amor y consolación.

